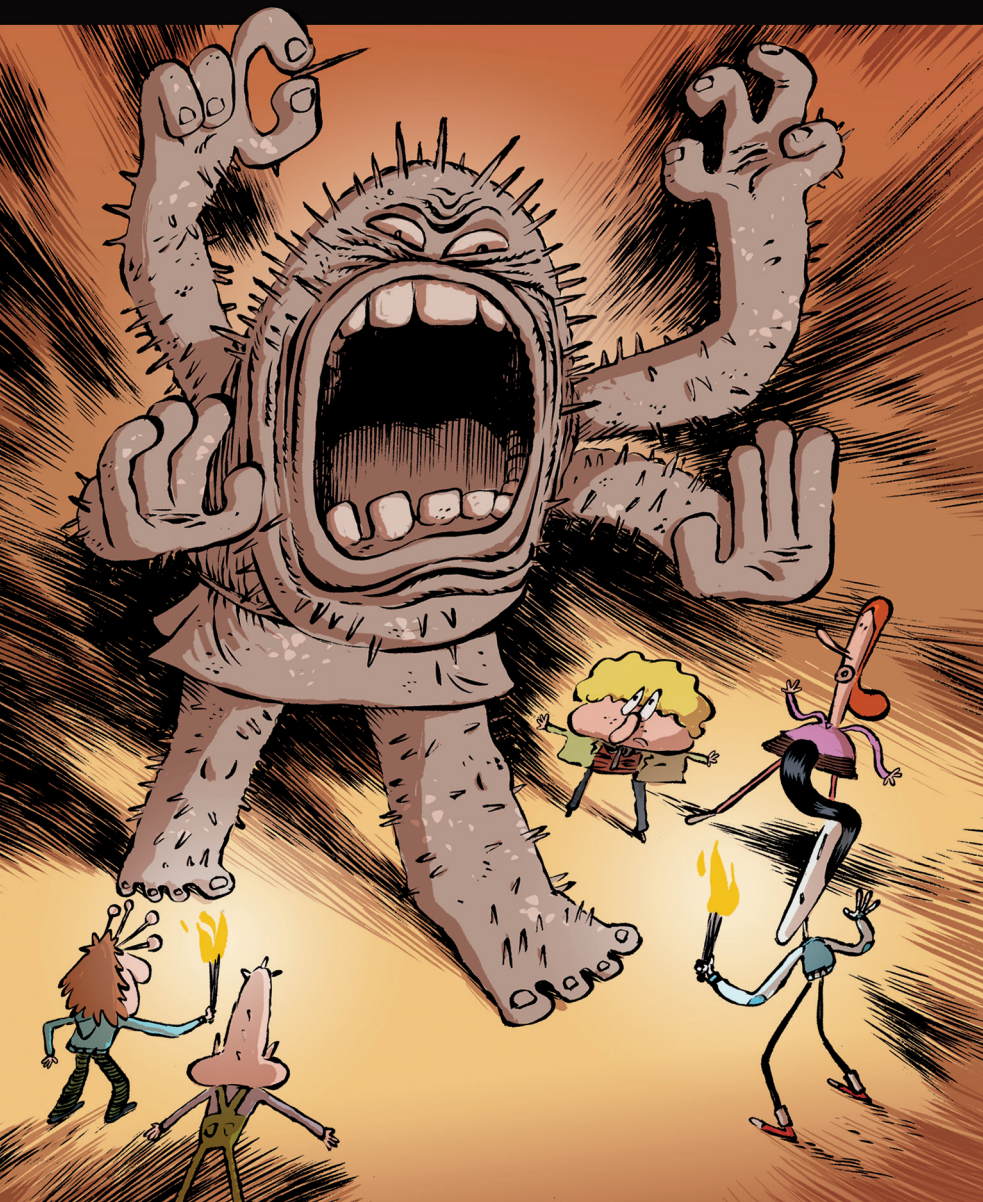


# LA CLASE MONSTER

## HECHIZO DE ARENA

DANIEL HERNÁNDEZ CHAMBERS - DIBUJOS DE ÓSCAR JULVE





## AGOTAMIENTO

Amber estaba cansada.

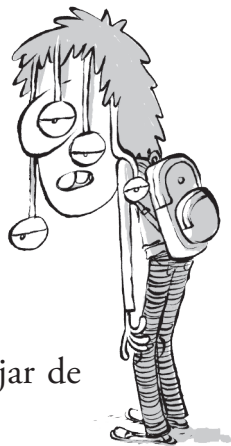
Muy cansada.

Agotada.

Tanto que la espalda se le encorvaba, los brazos le colgaban al lado del cuerpo y a veces uno se le caía al suelo y tenía que detenerse, recogerlo y volver a colocárselo. No podía ni pensar. Caminaba como si fuera un robot a punto de quedarse sin batería. Cada paso le costaba un esfuerzo enorme.

Los ojos pedunculados de Leopoldo se habían marchitado como flores mustias. Acostumbrados a mirar tantas cosas, ahora solo miraban el suelo.

Y veían que no vendría mal barrer un poco, arreglar aquellas grietas cerca de la alcantarilla, dejar de tirar chicles...



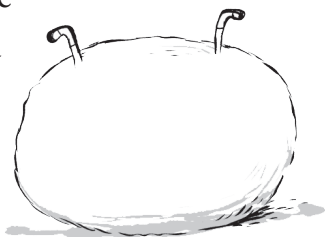
Telmo se había quedado dormido en la biblioteca mientras esperaba a que su padre, don Liber-  
to, terminase de ordenarlo todo. Y como se había dormido nada más abrir *Don Quijote* y su cabeza se había desplomado sobre el libro, las primeras líneas de la obra se le quedaron calcadas en

la cara, de forma que en su mejilla se podía leer: «...ahcnaM al ed ragul nu nE».



Severina se negó a caminar. Por suerte, su

casa estaba en la parte más baja de una larga calle en cuesta, así que encogió las piernas y se dejó caer rodando. Ni siquiera tenía fuerzas para avisar a los demás peatones para que se apartasen de su camino, y más de uno tuvo que saltar para evitar ser aplastado. Su madre, que la vio llegar como una gran bola de nieve peluda, abrió la puerta justo a tiempo para que Severina no chocase contra ella.



Chocó contra la pared del vestíbulo, eso sí. Y tiró un cuadro, un jarrón y el cubo de la fregona, que por suerte estaba vacío. Y cuando su madre fue a reñirle, descubrió que Severina roncaba, plácidamente dormida en aquella incómoda posición.

Tarsio tuvo una idea que creyó genial, pero que no funcionó. Su mochila era de esas que van en una especie de carrito con ruedas, por lo que se sentó encima mientras sujetaba la correa de Nosperratu y lo azuzaba:



—¡Arre, Nosperratu, arre!

A lo que el perro inmortal respondió:

—¡Guau! —que en idioma perruno venía a significar: «¡Que te crees tú eso!».

Por último, Jimmy recibió una ayuda inesperada para llegar a su casa: los piojos de su tupé, al ver que no se movía, lanzaron varias cuerdas y consiguieron enganchar sus piernas y uno de sus brazos. Entonces empezaron a moverlos, como si Jimmy no fuera más que una marioneta:

—Adelante el pie izquierdo —gritaba el capitán piojo—. Ahora el derecho. Y el izquierdo otra vez.

Incluso acertaron a mover la mano derecha para saludar a unas vecinas con las que Jimmy se cruzó en una esquina. Pero a veces el capitán piojo perdía el ritmo y sus compañeros movían dos veces seguidas el mismo pie, de modo que daba la impresión de que Jimmy, más que caminar, bailaba por la calle. Aunque un baile de lo más extraño, desde luego.



Era viernes y la pandilla acababa de terminar los exámenes de la segunda evaluación, y todos sus miembros estaban terriblemente agotados. Necesitaban un descanso y un poco de diversión. Por eso, en cuanto se despertó y descubrió el regalo que sus padres le habían comprado, Severina llamó uno a uno a todos sus amigos:

–Mañana quedamos en el parque a las once. ¡Tengo un bumerán y tenemos que estrenarlo!

## UN ARTEFACTO VOLADOR

El bumerán no volvió solo.

Los chicos de la clase Monster jugaban en el parque con el bumerán que Severina había llevado en el fondo de su mochila. Estaba hecho de madera, y cuando lo lanzaban bien, en un movimiento giratorio, daba una vuelta completa por el aire hasta regresar al punto de partida, de modo que el lanzador podía atraparlo antes de que tocase el suelo. Pero no era sencillo conseguir un lanzamiento perfecto, claro. La primera vez que Tarsio lo intentó, Jimmy el Guapo y Leopoldo tuvieron que lanzarse cuerpo a tierra

para salvar, uno su adorado tupé, y otro, sus cuatro ojos pedunculados. Y cuando le tocó el primer turno a Amber, quiso darle tanta fuerza que olvidó abrir la mano y su brazo derecho salió volando junto con el bumerán, dándole un susto tremendo a una señora que paseaba tan tranquila y que no esperaba ver un brazo lloviendo del cielo.

Sin embargo, poco a poco, todos fueron mejorando su destreza y pasaron un par de horas muy divertidas... hasta que en uno de aquellos lanzamientos el bumerán no volvió solo, sino con una curiosa mata de pelo rubio montada encima.

—¿Y eso? —exclamó Jimmy—. ¿A estas cosas les crece pelo?

La respuesta a semejante pregunta, que solo alguien como Jimmy podía formular, llegó en forma de señor gordinflón, sudoroso y calvo, que apareció detrás de unos árboles corriendo hacia el grupo, visiblemente enfadado, gritando fuera de sí:

—¡¡¡Gamberros!!! ¡Mi peluquín! ¡Sinvergüenzas, bribones! ¡Ay, mi pobre pelo! ¡¡¡Mi pelo, con lo que me ha costado!!! ¡Os vais a enterar, gamberrroosss!



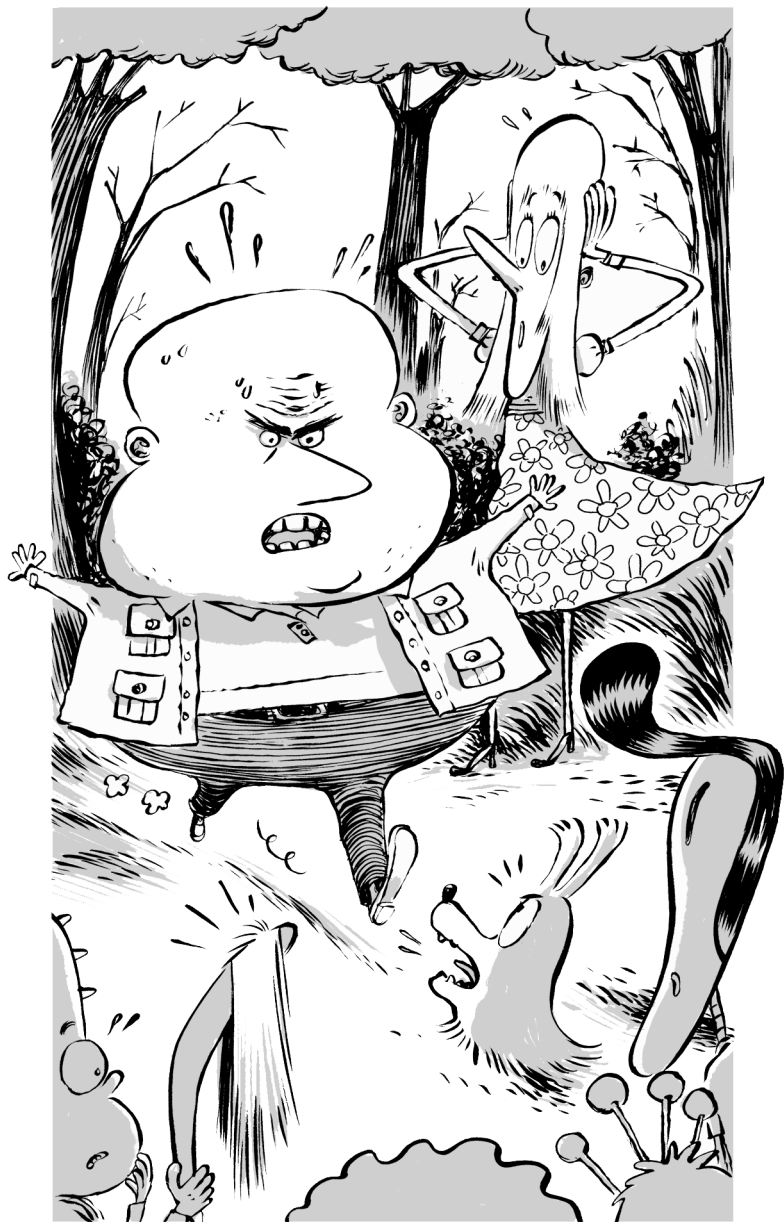
Detrás de él, una mujer con un vestido floreado se llevaba las manos a la cabeza con expresión de sorpresa, aunque no quedaba claro si la sorpresa se debía al bumerán, al enfado de su acompañante o a la aparición repentina de su calva reluciente donde un segundo antes había habido una preciosa melena dorada.

Telmo miró el bumerán que sostenía en su mano derecha y el peluquín que tenía en la izquierda; Tarsio miró a Jimmy; Severina miró a Amber; y Leo los miró a todos a la vez, aunque al hacerlo se mareó un poco. Nosperratu miró al energúmeno que se acercaba a la carrera y empezó a gruñir.

—Piernas... —empezó a decir Telmo.

—...¡¿para qué os quiero?! —aullaron los seis al unísono. Se dieron la vuelta y huyeron tan rápido como pudieron, que en el caso de Severina no era mucho, pero como el terreno estaba en pendiente, optó por encoger sus piernecitas y tirarse rodando, con lo que adelantó a todos los demás.

Nosperratu, por su parte, debió de entender mal el plan, porque corrió en dirección al dueño del peluquín ladrando ferozmente. Pero a mitad de camino se lo pensó mejor, el aspecto



del hombre era amenazador y su enfado monumental, así que el perro derrapó como un bólido de Fórmula 1 y giró en redondo para ir tras sus amigos.

Cien metros más adelante, el hombre se dio por vencido y frenó su avance hasta detenerse por completo, resoplando como un tren de vapor cuesta arriba. Se dobló por la cintura y apoyó las palmas de las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Unos segundos después, recuperó la verticalidad y abrió los brazos en un gesto de súplica:

—¡Por lo menos devolvedme la melena estilo estrella de rock, que me ha costado un dineral, hombreporfavor!

Pero ya no pudieron oírle, porque estaban demasiado lejos. Y lo cierto es que, con las prisas, Telmo no había caído en la cuenta de que no había soltado la mata de pelo rubio hasta que llegó a la puerta de su casa.